

Reseña de libros y revistas

SCHOENBERGER MAHLER, Margaret.— Autism and Symbiosis, two extreme disturbances of identity (Autismo y simbiosis, dos trastornos extremos de la identidad). Int. Jour. of Psa.”, T. XXXIX, N° 2-4, 1958.

La falta de maduración del recién nacido lo hace totalmente dependiente de la madre o sustituto para su sobrevivencia. Por ello se estructuran dos fases muy primitivas del desarrollo normal. La primera, fase del autismo, se caracteriza por la ausencia de percepción externa. El lactante utiliza a su madre como un yo ejecutivo, puesto en acción automáticamente por sus reacciones afectivo-motrices. En la segunda fase, simbiótica, a partir del tercer mes, el niño funciona y se comporta como si él y su madre constituyeran un sistema omnipotente, como unido por una membrana simbiótica. La fase simbiótica es seguida por una fase de separación e individuación favorecida por la aparición de la locomoción y del lenguaje.

Una perturbación masiva de la unidad niño-madre, provocada por enfermedad de aquél o rechazo de ésta, engendra grandes cantidades de tensión pulsional agresiva, explosiva y desorganizadora. El proceso de neutralización o el establecimiento de contracatexias no pueden constituirse, la actividad perceptiva se traba, la estructuración del yo se paraliza, y el sujeto puede aún perder la facultad innata de discriminar lo animado de lo inanimado (protodiácrisis).

Estas circunstancias pueden provocar el autismo infantil precoz (de Kanner). El niño no percibe la diferencia entre mundo interno y mundo externo, ni entre su persona y el ambiente inanimado.

El síndrome psicótico simbiótico es una fijación en o una regresión al segundo estadio indiferenciado. Se desarrolla con crisis de reacciones catastróficas y de pánico, y se manifiesta por la insuficiencia de la barrera

contra los estímulos, hipersensibilidad, gran vulnerabilidad del yo, deficiencia de muchas de sus funciones y en particular su función de represión, lo que provoca su interpermeabilidad con el ello.

Ninguno de estos dos tipos de niños alcanza el estadio de la separación e individuación y el sentimiento de la unidad e identidad personal no se desarrolla.

El sentimiento de la identidad personal.— El sentimiento de la identidad individual descansa sobre las sensaciones corporales, su núcleo es la imagen del cuerpo, con sus revestimientos libidinales. Las experiencias corporales del amamantamiento (táctiles, térmicas, de presión, de equilibrio, etc.) son las primeras que intervienen en nuestro sentimiento de identidad.

Más tarde la locomoción marca un paso muy importante en la adquisición de la fase de separación individuación, por permitir el desprendimiento de la simbiosis con la madre, y es seguida por un período negativista. Más insatisfactoria o parasítica ha sido la fase simbiótica, más intenso va a ser este negativismo.

Cuando el proceso de separación no puede ser llevado a cabo, se produce una regresión con un proceso general de de-diferenciación destinado a asegurar la sobrevivencia, y se produce un autismo o una simbiosis secundarios. Sigue un ejemplo clínico donde se describen en particular las alteraciones del esquema corporal y la relación del niño con sus objetos introyectados.

Willy Baranger.

C. P. OBERNDORF.— The role of anxiety in depersonalization

(El papel de la angustia en la despersonalización). “Intern. Journal of Psycho-Analysis”, Vol. XXXI, parts 1-2, 1950, p. 5.

El autor considera que para aclarar la génesis de la despersonalización manifestaciones menores pueden ser de más utilidad que el estudio de casos psicóticos. Freud, en su análisis de una experiencia personal de “désjá vu” consideraba el sentimiento de extrañeza y la despersonalización como mecanismos de defensa. La profundidad de la despersonalización puede variar desde vivencias pasajeras de irrealidad hasta una falta de sentimiento prolongada durante toda la vida. El “désjá vu” y los fenómenos limítrofes son perturbaciones primitivas de la percepción de la realidad. La imposición de un sentimiento de familiaridad en las situaciones nuevas protege al paciente de la inseguridad. Siente entonces que no se aventura en un terreno absolutamente nuevo.

El mecanismo de la despersonalización está estrechamente vinculado con la erotización del pensamiento y la formación de un Super yo en desacuerdo con el Yo corporal Super-yo femenino en el hombre y masculino en la mujer). Este desacuerdo llevaría a una represión del elemento extraño que a su vez produciría el sentimiento de extrañeza. Pero este desacuerdo existe en otros casos que no presentan síntomas de despersonalización. El factor de la erotización del pensamiento aparece como un primer paso en la defensa contra la angustia que a su vez facilita la despersonalización.

El desarrollo del estado de despersonalización puede producirse en apariencia directamente y en forma muy aguda como consecuencia de un temor al abandono.

Se ha podido pensar que la despersonalización sustituía la angustia. En realidad, la despersonalización actúa como una defensa que esconde la angustia

sin disminuir efectivamente su magnitud o su intensidad, pero encerrándola e inmovilizándola. Se puede comparar con la simulación de la muerte en los animales frente al peligro.

La dificultad para el tratamiento de los casos de despersonalización proviene precisamente de que la angustia ha sido encerrada, y no está combinada con síntomas neuróticos que harían más fácil el acceso analítico. Pero cuando se consigue disminuir la angustia, el paciente no necesita más “hacerse el muerto”.

Madeleine Baranger.

EDITH JACOBSON . — Depersonalization (Despersonalización). “J. of the American Psychoanalytic Association”, 7, 581-610, 1959.

En este artículo se estudian los conflictos y procesos de defensa que están en la base de los estados de despersonalización. La autora recuerda que, en un trabajo suyo anterior, examinó las experiencias de despersonalización de un grupo de sujetos formales sometidos a situaciones traumáticas (grupo de prisioneros políticos en Alemania nazi). Posteriormente, el estudio psicoanalítico de algunos pacientes le ha permitido formarse una idea más clara de estos trastornos. Señala brevemente los estudios psicoanalíticos sobre el tema, realizados por Numberg, Schilder, Oberndorf, Blank y Fenichel.

Para E. Jacobson, la despersonalización, aunque implique un disturbio en las relaciones objetales, es esencialmente una experiencia que pertenece al self mental o corporal. Si bien su material clínico no proviene de psicóticos, sino de individuos normales y neuróticos, cree que la naturaleza de los procesos que llevan a la despersonalización sea, en el fondo, la misma, en los tres grupos de

sujetos.

Comienza por analizar las raíces psicológicas y la naturaleza del fenómeno tal como aparecía en el grupo mencionado de prisioneros políticos bajo el impacto traumático de la detención e interrogatorios. En su artículo anterior, señaló que frecuentemente los prisioneros reaccionan a este suceso inesperado con un estado transitorio de shock, estupefacción y confusión, conjuntamente con sentimientos de irrealidad. Muchos de ellos desarrollan síntomas y cierto tipo de conducta que indican una regresión general y severa a una posición infantil.

Este estado retrocede en los días posteriores y luego de algunas semanas los individuos logran alcanzar un ajuste emocional adecuado que les permite dormir, comer y aún realizar trabajos manuales o intelectuales. En conjunto llama la atención la forma adecuada en que el yo y las relaciones objetales de este grupo soportan el impacto de la situación. Sin embargo, durante los períodos anteriores al juicio, los prisioneros sufrieron de ansiedad y oscilaron entre actitudes y sentimientos depresivos y optimistas. En particular, durante los primeros meses muchos se quejaron de experiencias de despersonalización, que sobrevenían después de los terroríficos interrogatorios que eran seguidos por breves períodos de profundo disturbio emocional y tristeza. En esos interrogatorios, los prisioneros que pudieron mantenerse serenos y sagaces en sus respuestas, relataron que habían logrado dominar sus temores gracias a una tentativa deliberada de alcanzar un frío estado de desprendimiento, muy semejante a los estados de despersonalización, con experiencias de no tener cuerpo, ni sensaciones, ni sentimientos, sino solamente un frío cerebro batallador. La función defensiva de este estado emocional fue muy exitosa en situaciones en que la ansiedad y otras emociones indeseables pudieron ser controladas, alcanzándose así un alto nivel del funcionamiento del yo, con control y dirección de la agresión dentro de los canales adecuados del pensamiento organizado y de la conducta.

La autora infiere a partir de estas experiencias que esos estados de despersonalización son manifestaciones postraumáticas que se originan en una lucha defensiva continua dirigida a dominar la situación traumática.

Para estudiar mejor estos procesos profundiza en la naturaleza del trauma a que están sometidos los prisioneros y en los conflictos originados por estas experiencias. El arresto inesperado y el encarcelamiento imponen a estas personas un cambio abrupto y doloroso en el curso de su vida. Se encuentran súbitamente llevados a un nuevo papel y existencia, en una situación aterradora y degradante que conmueve los cimientos en los cuales su vida y su self habían descansado hasta ese momento. Estos *acontecimientos* amenazan socavar todas las identificaciones en las que la imagen de su antiguo e independiente self estaba fundada, y, reemplazar este concepto por uno nuevo e intolerable, basado en identificaciones con el mundo degradado y criminal en el que viven ahora. Existen evidencias de que la lucha defensiva de estos pacientes está esencialmente dirigida contra este peligro.

Las experiencias de despersonalización se desarrollaban predominantemente en los momentos en que los prisioneros se encontraban más perturbados, perplejos y vacilantes entre una vida de fantasías pregenitales y períodos de conducta normal y trabajo tranquilo. Estos estados indicaban el fracaso del superyo y del yo en impedir la regresión temporaria y la defusión instintiva y de dominar la tremenda hostilidad provocada por las experiencias traumáticas. Incapaz de defenderse de las invasiones temporarias de los impulsos inaceptables infantiles, procedentes del ello, por medio de defensas normales, el debilitado yo oscilaba entre dos estados contradictorios. Abandonando su conducta y standards éticos normales podría permitir gratificación por cierto tiempo en una “delincuencia” pregenital, sadomasoquística, y, luego, retornando a sus standards pasados, volver a su nivel normal de conducta. En esta situación de falla de la represión, el yo, para

recuperar su posición perdida, recurre a una defensa mucho más primitiva. Reflejando la escisión entre los estados alternantes del yo, se hace un clivaje entre dos representaciones opuestas del self. El yo reafirma y restaura su integridad, separando y negando la existencia de ese self regresivo y “criminal” o aparentando su inexistencia. La despersonalización aparece así como el resultado de un conflicto, dentro del yo, entre la parte que ha aceptado y otra que trata de anular la identificación con una imagen del objeto degradado; en este caso, con la imagen del criminal castrado, infantil, pregenital y sadomasoquística. Acepta también que la despersonalización pueda ser una respuesta al impacto narcisístico severo infligido por el arresto, siempre que se tengan en cuenta la complejidad de las respuestas del yo a los acontecimientos traumatizantes externos.

La autora examina luego experiencias de despersonalización en pacientes neuróticos con diferentes tipos de personalidad (dos de ellos con una personalidad histérica no inhibida, un tercero con inhibiciones afectivas severas, una paciente con depresión severa y despersonalización que cumplía una condena por complicidad en robo y asesinato, etc.).

Aparentemente, dice Jacobson, los estados de despersonalización siempre representan una tentativa de solución a un conflicto narcisístico. Desde que estos estados pueden ser causados por la súbita pérdida de amor o del objeto amado, presuponen relaciones de objeto de tipo narcisístico. Pero este conflicto no surge de una división entre el yo y el superyo como en la depresión, sino que se desarrolla dentro del yo, y tienen su origen en identificaciones conflictivas. Aun las personas normales pueden tener estados de despersonalización transitorios frente a acontecimientos traumáticos o, aún, simplemente, inhabituales.

Las operaciones defensivas que inducen tales estados están dirigidas contra las identificaciones inaceptables y pueden ser definidas como tentativas de anular por medio del desconocimiento y de la negación la parte indeseable del

yo. Mientras el yo y el superyo estén intactos la represión puede operar contra los impulsos inaceptables provocados por la situación de seducción. Pero en cuanto la estructura del superyo se compromete y la re-presión falla, la defensa se dirige, no ya contra los malos impulsos sino contra las partes malas del cuerpo o contra el self criminal, como *un* todo, que es clivado y puesto fuera de la existencia.

En un trabajo anterior discutió la hipercatexis de la percepción que en los estados de despersonalización se hace evidente en el yo vigilante.

Obendorf dio importancia a la patología del superyo en tales pacientes, hecho que la autora no rechaza, admitiendo que el superyo muestra frecuentemente falta de estabilidad y uniformidad. Pero no acepta la tesis de este autor cuando sostiene que el superyo muestra discrepancias debidas a identificaciones inaceptables del superyo con la figura parental del sexo opuesto. Las cualidades contradictorias del superyo son causadas, según Jacobson, por discrepancias que surgen de intrusiones de impulsos en el yo ideal.

Por último analiza las relaciones entre despersonalización y depresión melancólica, refiriéndose, en especial, a los mecanismos de identificación en los dos estados. Ambos se desarrollan a partir de conflictos narcisísticos y parecen presuponer relaciones objetables de naturaleza narcisística. Pero el conflicto es de estructura diferente. En ambos los procesos de identificación llevan a una división interna, pero en la depresión ésta se hace entre el superyo castigador y sádico y el ego o la imagen del self, respectivamente, mientras que en la despersonalización el superyo no necesita intervenir en el conflicto. En muchos pacientes, sin embargo, las contradicciones en el superyo llevan a una escisión en el yo o en el self, respectivamente. En *lugar* de un superyo castigador que acusa al self, encontramos una parte intacta y desprendida del yo observando la otra parte inaceptable, emocionalmente o físicamente muerta.

Numberg interpreta las quejas de los pacientes despersonalizados como quejas de castración y *señala* la ecuación del yo con los genitales. Esto está de

acuerdo con los hallazgos de la autora que muestran, además, que la parte castrada del yo se hace muerta y extraña porque está identificada con imágenes de objetos castrados, desvalorizados. En la depresión, el superyo dirige su *hostilidad* contra el yo entero o el self, respectivamente. En la despersonalización, una parte del yo emplea la agresión para la eliminación de otra parte mala.

Por último señala que en los esquizofrénicos, las experiencias de despersonalización, que ocurren sobre todo al comienzo de la enfermedad, indican una súbita movilización de los procesos regresivos. La despersonalización no representaría, como se ha dicho, un proceso restitutivo, sino una defensa del yo que trata de recobrar y mantener su integridad, oponiendo, separando y desconociendo la parte enferma que ha regresado.

Sélika Acevedo de Mendilaharsu.

PHYLLIS GREENACRE.— Determinantes físicos tempranos en el desarrollo del sentido de identidad (Early physical determinants in the development of the sense of identity). “Journal of the American Psychoanalytic Association”, Vol. VI, N° 4, 1958.

El propósito de la autora es descubrir los factores físicos que desde muy temprano, afectan, en grado variable, el desarrollo del sentido de identidad. En forma más concreta, se refiere especialmente a algunas influencias muy significativas, que, en las primeras etapas del establecimiento del esquema corporal (núcleo del Yo incipiente y de una ulterior y más desarrollada imagen de sí mismo) inciden en el logro de la identidad final.

La autora enfatiza el hecho de que la identidad implica necesariamente una

continua evaluación de las semejanzas y diferencias con los demás. De ahí la importancia del componente social, ya que el conocimiento de sí mismo se logra no sólo por la autoobservación, sino también a través de la observación de los otros.

Luego resume el proceso evolutivo por el cual el niño en las primeras etapas del desarrollo va adquiriendo conocimiento del mundo externo, lo que le permite más tarde extender ese mismo examen a su propio cuerpo o partes del mismo, como si fueran objetos externos. Las áreas corporales de mayor importancia y más significativas para el reconocimiento individual (por comparación y contraste) son, entre otras, la cara y los órganos genitales. Son, en efecto, las áreas más altamente diferenciadas y de topografía más compleja, y tienen la particularidad de ser más accesibles al conocimiento de los otros, que al de la misma persona. Esto es de una importancia obvia para el logro de la identidad, la que se adquiere por incorporación de dichas áreas (especialmente la genital) pertenecientes al cuerpo de los otros y su fusión con la imagen del cuerpo propio.

Para la autora es de suma importancia la etapa del desarrollo del Yo, en la que el proceso incorporativo tiene lugar. Si la exposición de los genitales ocurre precozmente y con frecuencia, puede influir ulteriormente mucho más en el sentido de identidad, que si sucede en el período fálico. En esta última circunstancia, las influencias se manifiestan más en actitudes que en verdaderos problemas de identificación.

La autora señala que el refuerzo permanente que el sentido del cuerpo propio obtiene de la captación de rasgos semejantes en los demás, constituye una fuente permanente de constantes rozamientos sociales como los que se observan en grupos étnicos diferentes. Los conflictos surgen más fácilmente, cuando más claras y ostensibles sean las diferencias físicas, porque los hombres siempre necesitan vincularse con personas semejantes para sentirse seguros y no perder su identidad.

Este sería el sentido profundo de los mitos de Narciso y Eco en sus distintas variantes: la necesidad imperiosa de alcanzar su propia imagen a través de la imagen externa: la repetición de Eco y el reflejo en el agua, de Narciso.

Finalmente, cabe señalar que el sentido de identidad es la culminación de un largo proceso que termina en la adolescencia y postadolescencia y que es factible todavía de sufrir alteraciones, en el curso de acontecimientos significativos, como la enfermedad y la involución, así como los cambios sobrevenidos en las relaciones del individuo con su medio.

Rodolfo Agorio.

PETER LOMAS.— Family rol and identity formation (Papel de la familia y formación de la identidad). “Int. J. PsychoAnal.”, Vol. XLII, pág. 371, 1961.

En este trabajo, el autor describe a una paciente, cuya enfermedad puede ser interpretada como un intento fracasado de establecer su propia identidad, en oposición a la que le había sido impuesta por las necesidades de la familia.

La paciente es una mujer de treinta años, cuyos síntomas más importantes al iniciar su análisis, eran temores fóbicos a viajar y a ser envenenada.

Sus padres, campesinos trasladados a Londres, por deseo de la esposa, se encontraban en un medio inadecuado, separados de su lugar de origen, y obligados a vivir en una posición social inferior a la que tenían antes.

Existía, a causa de esto, una falta de comunicación con el mundo externo y una excesiva interdependencia, con su consiguiente ambivalencia. La inseguridad de la familia estaba basada, no solamente en la posición inferior que ocupaban, sino y principalmente, en el conflicto existente entre marido y mujer, derivado de su diferente actitud ante esta situación.

Fue necesario crear un mito de amor y lealtad familiar, para negar la angustia provocada por el temor a la posible desintegración de la familia.

La hija era tratada como un símbolo de esta unión, siendo muy importante, especialmente para la madre, que ella asumiera este rol. La paciente se sentía prisionera del mito, e incapaz de destruirlo; desde su infancia se había sentido imposibilitada para desafiar el mito familiar, oponiéndose a él, solamente en forma indirecta, por medio de sus síntomas neuróticos.

La desarmonía básica conyugal dio lugar a que cada uno de los padres buscara en ella un objeto de amor sustitutivo. Este nuevo rol asignado entraba en conflicto con el rol anterior, en el cual, en su carácter de niña buena e inocente, simbolizaba la unión familiar.

Su temor a los hombres —era virgen a los treinta años— derivaba de su conflicto edípico, y de la proyección de su agresividad, debida a la envidia de la posición masculina.

Su relación con la madre era marcadamente ambivalente; una relación simbióticoparasitaria, como se da frecuentemente entre una madre “esquizofrenogénica” (schizophrenogenic) y su hija, siendo uno de los rasgos característicos de esta relación, la avidez posesiva de la madre, encubierta por su interés en el bienestar de su hija.

Señala el autor, cómo, durante el tratamiento, se pusieron de manifiesto los motivos por los cuales fue imposible para la paciente establecer su propia identidad.

1) La adulteración de la realidad emocional, ocurrida en su familia, perturbó su capacidad para reconocerse y confiar en que ella era un organismo con estabilidad y capacidad de percepción.

2) Fue incapaz de encontrar, en su medio ambiente, una persona o una idea con la cual poder identificarse.

3) Existía una confusión entre su autopercepción y la *percepción* que de ella tenía su familia, debido a que había sido utilizada para propagar un mito

familiar, y no como una persona real.

Describe cómo una verdadera identidad puede establecerse solamente por la asimilación de los rasgos ambientales convenientes, en el esquema del self original.

Explica, de acuerdo con Winnicott, que el esquema original del self surge mediante el establecimiento de los límites del YO, como consecuencia de un adecuado manejo de parte de la madre. Esto presupone que la primera idea o sentimiento de identidad está constituido por la unidad biológica madre-niño y que solamente puede surgir una identidad independiente, si las necesidades del niño son reconocidas y atendidas adecuadamente.

Se ha tratado de hacer ver, en este trabajo, cómo la respuesta a las necesidades individuales conciernen a la configuración familiar total.

Señala la importancia de la figura parental, del medio ambiente y de la estructura familiar, para el desarrollo de la identidad del niño.

El autor cita a Wynne y col., quienes describen un cierto tipo de mecanismo, llamado por ellos: “seudo-mutualidad” encontrado en familias de pacientes que sufren episodios esquizofrénicos agudos, y que consiste en un tipo de relación en la cual, la persona no es tratada como un individuo con sus propios derechos, sino como teniendo que asumir un cierto *rol* familiar.

Estas familias están caracterizadas por una absorción predominante de cada uno de sus miembros y por una variedad particular de mecanismos compartidos, que actúan en un nivel primitivo e impiden que el individuo adquiera su identidad personal.

La familia de esta paciente mostraba muchas de las características de “seudo-mutualidad”, y aunque no aparecieron en ella episodios esquizofrénicos agudos, su psicopatología, particularmente la intensa idealización y los mecanismos de clivaje, se aproximaban a un tipo de esquizofrenia, y su incapacidad para manejarse con el mundo externo en una forma realística, tenía una intensidad psicótica.

La familia descrita en este trabajo era una familia enferma; a causa de su situación conflictual no pudo permitir la individualidad en sus miembros.

Como defensa se estableció la “seudo-mutualidad” que resultó intolerable para las necesidades de la paciente de ser reconocida como una persona real, con sus propios derechos; su enfermedad representaba un intento de escapar al rol que le había sido asignado.

V.M. de Prego.

OBERNDORF, C. P.— Despersonalización en relación con la erotización del pensamiento. “Revista de Psicoanálisis”, Buenos Aires, T. VI, N° 1, 1948.

La libido desplazada puede investir sea zonas corporales (erotización de órganos no sexuales), sea ciertas actividades (erotización del pensamiento); el pensar se convierte de este modo en un fin placentero por sí mismo, al margen de los contenidos a que se aplique. Ello va aparejado a perturbaciones de la función normal, tales como inhibiciones generales o particulares en el pensar.

Es frecuente que el niño frustrado por el progenitor del mismo sexo, con las consiguientes dificultades para realizar una identificación normal, opte por retraer la libido de sus objetos habituales para aplicarla narcisísticamente a su pensamiento; intenta así el logro de un objeto más libidinoso a través de la actividad intelectual, la que, por identificaciones selectivas que incluyen el tipo de pensamiento, se estructurará según los patrones masculinos o los femeninos. La consecutiva erotización del pensamiento se facilita por la identificación con el progenitor opuesto.

Oberndorf vincula estrechamente la erotización del pensar con ciertos estados confusionales, de despersonalización, que se manifiestan por

sentimientos de irrealidad del mundo externo o de la propia persona. Señala que la tendencia a la despersonalización se ve favorecida por la excesiva erotización del pensar, con un predominio notorio del tipo de pensamiento del progenitor del sexo opuesto, por identificación con él. El choque entre los patrones masculinos y los femeninos (conflicto especialmente mental, entre los tipos de ideal de pensamiento homo y heterosexual, pero también físico) conduce a la represión de los componentes del pensamiento del tipo incompatible (la mente ajena, separada), dando lugar a sensaciones de irrealidad, vacío, vacuidad mental, etc.

El problema esencial de la despersonalización no quedaría explicado entonces por la ambivalencia amor-odio, ni por la “herida narcisística” que impele al retiro de la realidad, aspectos en que otros autores han puesto el acento. Oberndorf entiende que la erotización del pensamiento es condición previa y fundamental, resultando el sentimiento de despersonalización de la represión parcial o completa del tipo sexual incompatible del pensamiento erotizado, que aparecerá como una parte extraña al individuo.

Carlos Sopena.

PROBLEMS OF IDENTITY. Reported by David Rubinfine. (PROBLEMAS DE IDENTIDAD. Reseñado por David Rubinfine.) “Journal of the American Psychoanal. Association”, V. 6, N^o 1; 131-142; 1958.

David Rubinfine resume, *en este artículo*, el “panel” que sobre Problemas de Identidad tuvo lugar en el “Annual Meeting” de Chicago en 1957. Los trabajos básicos fueron los de K. R. Eissler, Phyllis Greenacre y Margaret Mahler. En todos los trabajos presentados se señaló la importancia que tiene, en el desarrollo del sentido de identidad, la formación de los aspectos sexuales de

la imagen del “self” y la resolución de las identificaciones bisexuales.

Eissler sugirió la existencia de otra diferenciación estructural en el yo, el self, que se establece plenamente en la pubertad, con la maduración genital. Aunque el niño está parcialmente advertido de su identidad, no ha alcanzado aún la fase explícita en que puede tomarse a sí mismo como objeto. Para Eissler el sentido de identidad se basa en la capacidad del yo en experienciarse a sí mismo como un “continuum” El sujeto siente que ha existido siempre. El mecanismo de la represión parece ser un requisito previo de esta experiencia. El pasado del yo está subjetivamente representado en el presente, pero no todas sus experiencias le son accesibles como recuerdos. Las amnesias son necesarias para esta vivencia de continuidad. A menudo en los esquizofrénicos que iniciaron su enfermedad con una alteración súbita en el sentimiento del yo, existe una vivencia de discontinuidad, basada en recuerdos excesivamente diferentes de la época anterior al comienzo. En forma análoga, el retorno, en el análisis, de recuerdos profundamente reprimidos, se acompaña frecuentemente de vivencias de despersonalización. Eissler denomina la experiencia “Yo soy Yo” (1 am 1), conocimiento del “self” y, observa que así como la tarea fundamental de la pubertad frente a los instintos es establecer relaciones adecuadas con el sexo opuesto, su tarea principal, con respecto al yo, es consolidar la relación del yo consigo mismo.

Para la experiencia del conocimiento del “self”, la observación del “self” debe estar adecuadamente establecida, pero son necesarias otras condiciones más complejas: 1) Los límites del yo son asiento de hipercatexis y la distinción con el no-yo se enfatiza. 2) El sentimiento no abarca toda el área del yo y existen partes inconscientes y aún exclusión de otras, capaces de conciencia. 3) La experiencia abarca las tres dimensiones del tiempo. A pesar de ser el yo el sector más cambiante de la personalidad se siente idéntico a lo que era en el pasado.

Eissler señala luego el significado de los nombres y de los factores

culturales en el establecimiento del sentido de identidad, así como problemas de identidad en las personalidades psicopáticas, neurosis obsesivas y esquizofrenia. En esta última el cambio estructural que ocurre en el yo, se evidencia claramente en las experiencias de despersonalización. Concluye su trabajo con tres formulaciones esquemáticas:

1) La percepción del “self” es el núcleo del “self”, así como el sistema perceptivo es el núcleo alrededor del cual el Yo se desarrolla.

2) Constituye una diferenciación dentro del Yo, como el Super-yo, pero también penetra en el Super-yo y Ello.

3) El Yo se forma entre los 5 y 6 años, el Super-yo durante la latencia y el “self” durante la pubertad, conjuntamente con la madurez genital.

Paul Kramer, al discutir el trabajo de Eissler, define el sentido de identidad como la conciencia de entidad separada y distinta de los otros. Citó observaciones donde se interrumpe la vivencia de continuidad sin que esté afectado el sentimiento de identidad. El niño, si bien no posee un sentido de continuidad, posee el de identidad. Se pregunta si la afirmación de Eissler de que el conocimiento del “self” cuando ha alcanzado su fase explícita permite el establecimiento de la identidad, no resulta más bien de una incapacidad para discriminar entre la experiencia y la capacidad para articularla. Conceptualiza la experiencia de identidad como el hallarse uno mismo dolorosamente separado del medio familiar, solo y forzado a contar únicamente en sus propios medios. La separación del primer objeto, la madre, y la sensación de soledad son los factores que contribuyen a crear el sentido de identidad. Cree que no existen argumentos suficientes para admitir un cuarto sector de la personalidad y que la descripción del “self” de Eissler no difiere del concepto de personalidad. Esta incluye el Yo, Super-yo y Ello, con el sentido de identidad prominente en su propósito. La personalidad es producto de un proceso de desarrollo que culmina, pero no termina en la adolescencia, en el cual el Yo se modifica, creciendo a expensas del Ello y del Super-yo.

Edith Jacobson señala, a esta altura de la discusión, que el concepto del “self” de Eissler, como sistema funcional y como estructura, está en desacuerdo con los puntos de vista aceptados actualmente.

Phyllis Greenacre, a continuación, expone en su trabajo, que el sentido de identidad comprende cierta relación con los otros, cierto grado de observación por la persona misma y a través de otra por comparación y contraste. El núcleo del yo incipiente y de la posterior imagen del “self” es el esquema corporal (body image). La cara y los genitales son las áreas más significativas en el reconocimiento del “self” corporal y del “self” del otro. El sentido de identidad, para Greenacre, surge de algún tipo de forma preliminar en el período fálico-edípico, cuando el niño está advertido de la existencia de sí mismo en un mundo de objetos externos, reconoce la posesión de sus pensamientos y recuerdos, aprecia el tamaño relativo, conoce las diferencias sexuales, los nombres de las partes de su cuerpo y tiene conciencia de él mismo como unidad en un grupo. Está sujeto a cambios hasta la adolescencia y aún a posteriores modificaciones en la vida, enfermedad, involución y senectud.

Robert Bak, discutiendo el trabajo de Greenacre, agrega:

1) La existencia de cierto grado de fusión entre la propia imagen genital y la del sexo opuesto, plantea el problema de la bisexualidad en términos de experiencia, más que en términos exclusivamente biológicos. 2) El intercambio de funciones perceptivas tempranas contiene precursores fisiológicos de las defensas. 3) El significado de un factor temporal está claramente demostrado, así como el papel crucial de la fase fálica en el desarrollo del sentido de identidad. 4) Destaca el significado de las percepciones visuales en la formación del sentido de identidad y en el conocimiento de las diferencias entre el “self” y el objeto.

En la discusión general, Edith Jacobson señaló la importancia de las dos caras del sentido de identidad: “Soy diferente”, pero también “Soy igual”. En la

esquizofrenia hay una intensificación excesiva de la primera experiencia. Sugirió el estudio de las relaciones entre fijaciones tempranas e identificaciones precoces en el desarrollo del sentido de identidad y del sentido de realidad.

Anita Bell se refiere a la influencia de los cambios puberales en el sentido de identidad y Max Wolfe expone un ejemplo de un hombre que no podía amar por temor a perder su identidad.

En la tarde, Margaret Mahler lee un trabajo insistiendo en las dos fases cruciales de la formación de la identidad: 1) La fase de separación-individuación. 2) La fase de resolución de la identificación bisexual. Para comprender el sentido de identidad es necesario estudiar no solamente el estadio preverbal sino también las experiencias intrauterinas. La grave incompatibilidad somatopsíquica entre la madre y el niño, que se conoce con el nombre de autismo infantil, podría ser una defensa somática contra el medio materno interno incompatible. La fase de separación-individuación se observa entre los 18 meses y 3 años. El segundo período crucial en la integración de la identidad se extiende desde los tres años hasta la latencia, sobre todo durante la fase fálica. Las representaciones de la imagen del cuerpo emergen ahora de las posiciones libidinosas pregenitales y de las identificaciones bisexuales, hacia el establecimiento firme de la identidad sexual. Desempeña pues un papel importante, no solamente la integración exitosa de las fases previas pregenitales sino la identificación con el padre del mismo sexo y las actitudes emocionales de ambos padres hacia la identidad sexual del niño. Así el sentimiento de identidad del “self” depende de la solución del complejo de Edipo.

Bettina Warburg presenta luego un caso demostrativo del disturbio de la experiencia “Yo soy Yo”.

Robert Bak, al discutir el trabajo de Mahler, señala el significado del estudio analítico de las psicosis infantiles como fuente de nuevas formulaciones y como oportunidad para juzgar la validez de la teoría. Resume y comenta los temas *centrales* del trabajo de Mahler en la siguiente forma:

1) La hipótesis que las energías instintivas que invisten los órganos sexuales deben ser fomentadas por el medio para llegar a una posición en la periferia del cuerpo, le parece muy productiva. En este proceso las percepciones de contacto, táctiles, etc., son importantes.

2) Los disturbios de más jerarquía en la identidad están relacionados con sobreestimulaciones tempranas. Cree que un ritmo especial entre la estimulación y la presencia del objeto materno y la ausencia de estimulación y objeto, parece necesario para la diferenciación del “self” y de las representaciones de objeto.

3) La capacidad del Yo en utilizar sus funciones perceptivas es interferida por la sobreestimulación masiva resultando una persistencia de catexis de esas funciones con energía no neutralizada. Esto obstruye la estructuración del Yo y acrecienta la conexión del Yo y el Ello. Ocurre entonces una persistente proximidad de los procesos primario y secundario y la percepción queda al servicio del Ello.

4) Los aspectos defensivos de la necesidad de mantener o regresar a un estadio estructuralmente no diferenciado, son destacados por el autor. En la esquizofrenia el núcleo de la ansiedad es la amenaza de la pérdida de identidad y la *mayor* parte de la sintomatología está en relación con la restitución del sentido del “self”. La restitución de objetos sólo se hace si el sentido del “self” es, hasta cierto grado, exitoso.

5) Existen razones importantes, además de la sobreestimulación por procesos patológicos internos, que interfieren en la distinción del “self” del “no-self”.

Posteriormente, intervienen en la discusión, Maurits Katan, Seymour Perlin, Greenacre, Paula Elkisch, Louis Kaywin y Kenneth Appel. Jacobson estuvo en desacuerdo con Kaywin con respecto a los términos representación del “self” y sentido de identidad, que para Jacobson tienen diferente acepción: el sentido de identidad es la experiencia interna de totalidad, separación y unidad y está

basada en la organización del Yo y en particular en las vicisitudes de las identificaciones del Yo. Pueden existir varias imágenes del “self”, pero solamente un Yo organizado. Criticó el concepto del “self” de Eissler como estructura separada y de igual importancia que el Yo, formándose en la pubertad, y, sostuvo que el desarrollo del sentido del “self” es parte integrante del desarrollo del Yo. La observación del “self” es una función del Yo mientras que la evaluación del “self” es función del Super-yo.

Los analistas de niños saben que éstos tienen un sentido de identidad que se desarrolla a través de la infancia y las experiencias “Yo soy Yo” se ponen de manifiesto en niños pequeños.

Carlos Mendilaharsu.

THEODOR REIK.— Psicología y despersonalización. “Revista de Psicoanálisis”, Buenos Aires, año II, N° 3, 1945.

1) Las manifestaciones de despersonalización presentan un doble interés, el estudio de la psicología de estos estados y las relaciones entre psicología y despersonalización.

Nunberg y Shilder contribuyeron a explicar la génesis y los mecanismos de la despersonalización, Reik pone de relieve elementos pasados por alto y observaciones sobre las relaciones entre despersonalización y psicología.

El síntoma característico de la despersonalización es el extrañamiento entre el yo y el mundo exterior y un alejamiento que es específico. En la despersonalización el sujeto observa el extrañamiento, pero además se da

cuenta que es patológico. No siente alegría ni dolor, amor ni odio y se queja de este estado.

Se pregunta Reik, si hay realmente una disminución de sentimientos y sensaciones y contesta que no hay disminución de afectos, sino al contrario, aumento en forma excesiva lo que crea su intolerabilidad y hace que el individuo huya porque no se siente fuerte para afrontarlos. La despersonalización tiene como punto de arranque una vivencia grave o un conflicto psíquico que el individuo no puede dominar. Aparece frecuentemente en el estado intermedio del conflicto de ambivalencia. Ambivalencia constitucionalmente determinada y reforzada por vivencias infantiles.

La psicogénesis de la despersonalización es codeterminada por la eficacia de los mecanismos de desplazamiento y generalización. El retiro de la libido de los objetos es la condición primordial de la despersonalización.

Tiene elementos comunes con la neurosis obsesiva.

Los pacientes presentan una autoobservación muy aguda, carente de afecto.

II) Las personas que sufren despersonalización se quejan de modificaciones cualitativas y cuantitativas de su vida anímica. Pueden darse dos circunstancias: o sienten, pero muy disminuidos, los afectos o carecen totalmente de éstos. El primero de estos estados sería la transición entre situaciones psíquicas normales y las patológicas y recibe el nombre de “détachement” (del afecto) y la segunda es la verdadera despersonalización.

Reik considera la despersonalización como un mecanismo de defensa y entonces cabrían las dos formas por la variación de las situaciones que le precedieron, en qué forma fue retirada la libido de los objetos, si bruscamente o no y en qué grado. Si es brusca y es en gran medida daría la despersonalización, si es lenta y en menos grado, el “détachement”. Es defensiva la despersonalización porque el paciente retira la libido de los pensamientos torturantes y no siente ya nada. En algunos casos se llega a una inhibición del proceso del pensar.

La despersonalización disminuye durante la elaboración analítica de la ambivalencia.

III) Es difícil separar la despersonalización del duelo patológico y aún del normal, pues está en el fondo del duelo la tensión de ambivalencia. Existe un parentesco entre los estados neuróticos obsesivos y maníaco-depresivos caracterizados por la misma carencia de sentimientos, la misma autoobservación aumentada y la inhibición en el pensar.

En la mayoría de las neurosis hay signos de despersonalización.

En estos estados no hay falta completa de afectos verdaderamente, ya que los enfermos desean sentir amor y se quejan con dolor de la situación, lo que ya indica una parte conservada de los sentimientos.

En cuanto a la autoobservación es en estos casos, como si se hubiera apoderado de una gran cantidad de energía psíquica y se hubiera colocado en el lugar de las pulsiones instintivas y de los afectos debiendo tener, por lo tanto, rasgos y signos deformados de *las tendencias* primitivas. Silder y Nunberg lo consideran como un retiro narcisístico de la libido, como una hipocondría dirigida a los procesos de la propia vida anímica.

En los estados de despersonalización el odio ha sido desviado del mundo externo y dirigido contra el yo, tiene carácter masoquista.

Se puede sospechar que el retiro de la libido de los objetos produjo una desviación parcial de los instintos lo que hace resaltar más los componentes destructivos de la vida instintiva.

IV) Hay pensamientos que aparecen en forma indebida, incoherente, a veces con caracteres de ideas obsesivas, en la despersonalización y tienen valor porque nos pueden llevar al nódulo etiológico de este estado. Otras veces es la sensación de escucharse y de mirarse a sí mismos mientras se está hablando.

Compara luego el autor el estado de despersonalización parcial con el duelo.

V) Si la despersonalización no se estaciona, se produce una irrupción *instintiva* llevando a la neurosis o a la psicosis.

El enfermo que hace un cuadro de despersonalización carece de actividad psíquica y esto es sentido como un autocastigo inconsciente por sentimientos profundos de culpa.

La autoobservación tiene carácter obsesivo y también es una autopunición, pero es una satisfacción instintiva masoquista. En estos estados, el sadismo permanece encubierto, lo que hizo que no se describiera en la sintomatología de la despersonalización.

La agresión al ambiente se explica por la proyección de las propias sensaciones internas, percibidas inconscientemente. Deseos de destrucción de los objetos externos que evidencian deseos hostiles y de muerte al propio yo.

El no poder sentir amor es inconscientemente idéntico a estar muerto.

Hay que pensar que en la despersonalización se lleva a cabo un regreso de la libido a la etapa sádicoanal y aún a etapas anteriores. Se trata de satisfacer nuevamente un deseo proveniente de la infancia: el del retorno al vientre materno.

VI) Hay, pues, dos formas de despersonalización: a) en la que la falta de interés y la detención afectiva son las más importantes, b) en que la autoobservación adquiere especial intensidad y fuerte resistencia al vacío afectivo. Esta segunda forma es ya un intento de curación.

Algunos autores piensan que la despersonalización sería el comienzo de la represión. Reik cree que en realidad representan rechazo de orden general, de una realidad no deseada.

Esta defensa en la despersonalización se hace en dos formas: por una vigilancia aumentada y por una sustracción de la libido, por alejamiento del mundo exterior. Pero en realidad el extrañamiento del mundo exterior es el reflejo del extrañamiento del mundo interior.

Cuando predomina el primero se puede llegar a la psicosis, si el segundo a la neurosis.

VII) Trata de las relaciones entre despersonalización y psicología.

Sólo se puede hacer psicología introspectiva si se ha vencido, en cierta medida, la despersonalización. Es necesaria una despersonalización parcial para llegar a una introspección científica.

El despersonalizado quiere vivir, sentir, pero no lo puede porque sus vivencias y afectos no le resultan agradables. La observación es obsesiva y tiende a curarlo, pues quiere vencer la imposibilidad de tener sentimientos y vivencias.

Lo primero en la despersonalización es la escisión y extrañamiento del yo y luego aparece la autoobservación como signo de lucha contra ese extrañamiento e intento de orientación dentro del yo. Más que un síntoma, la autoobservación sería un intento de curación. Participa de ambos significados: síntoma y camino a la curación. Nadie niega el parentesco entre la autoobservación y la despersonalización por un lado, y la psicología introspectiva como método científico por el otro.

Los actos psíquicos se modifican por la autoobservación, pero no es ésta la causa de la modificación.

VIII) El objetivo de la autoobservación es hacer retornar la vida anímica a la situación primitiva. La psicología introspectiva se encuentra situada en la misma línea que ésta, que sería un estado previo, una forma preexistente de la investigación psicológica. La psicología científica sería, pues, un resto de la autoobservación.

En la psicología introspectiva actúan elementos narcisistas y masoquistas por el retorno de la libido al yo.

La introspección inconsciente nos permite conocer nuestros procesos anímicos y por ende los de los demás.

El despojamiento de personalidad parcial de la vida afectiva, que es una forma de despersonalización, es un elemento psíquico previo a la psicología científica. Es una forma de vencer el extrañamiento del yo y del mundo exterior. La psicología realiza así un deber psicoterápico. La relación entre la

autoobservación y las tendencias psíquicas de restablecimiento la vemos en la técnica del análisis. El analista descubre en el neurótico la despersonalización y hace comprender al paciente esta situación y con ello aceptar la parte extrañada como una parte separada de su propia personalidad.

Isabel Plosa.